

Devenir joto antiagroindustrial contra el monocultivo patriarcal

Becoming an anti-agroindustrial “joto” against patriarchal monocultures

David Sánchez Sánchez
Universidad de Guadalajara

Resumen

Este texto presenta, a través de una narrativa autoetnográfica, una serie de reflexiones en torno al sistema agroindustrial de monocultivo de maíz, que surgen a partir de experiencias de vida, de trabajo comunitario y de investigación del autor en la zona de Ixtlahuacán del Río y Cuquío en Jalisco, México. Para sustentar la narrativa se intersectan saberes de distintas disciplinas académicas y campos de reflexión, como las críticas al desarrollo, la ecología política de la agroecología, el saber ambiental, la perspectiva de la complejidad, la psicología colectiva y el ecofeminismo. Las cuales permiten construir entramados de sentido que van más allá del conocimiento racional y delinean el carácter adultocéntrico, patriarcal, extractivista y ecocida del sistema agroindustrial que se impone en gran parte de los territorios rurales.

Palabras clave: autoetnografía; juventudes rurales; monocultivo; patriarcado

Abstract

This text presents, through an autoethnographic narrative, a series of reflections on the agroindustrial system of corn monoculture, which arise from the author's life experiences, community work and research in the area of Ixtlahuacán del Río and Cuquío in Jalisco, Mexico. To support the narrative, knowledge from different academic disciplines and fields of reflection intersect, such as development criticism, political ecology of agroecology, environmental knowledge, the perspective of complexity, collective psychology and ecofeminism. These allow the construction of frameworks of meaning that go beyond rational knowledge and delineate the adult-centered, patriarchal, extractivist and ecocidal character of the agroindustrial system that is imposed in most of the rural territories.

Key words: autoethnography; rural youth; monoculture; patriarchy

Introducción

El lugar de enunciación desde el que parto para escribir este texto es totalmente autorreferencial. Es acaso un experimento y una posibilidad de decir todo aquello que me cruza y me estremece, y hacerlo público a través de una narrativa reflexiva. No aspiro a representar a nadie, pero asumo que mis vivencias pueden tener un sentido para varias luchas y para algunas personas y hacia ellas me dirijo para escribir.

A través de mi formación profesional fui encontrando lecturas y experiencias que me han hecho replantearme mis distintas formas de habitar en el mundo y sobre todo de vivir en

un espacio rural que, desde antes que yo naciera, ya se guiaba por un modelo de agricultura impuesto por la llamada *revolución verde*, que impulsó un crecimiento de monocultivos de maíz que, con el paso de los años, se han vuelto cada vez menos sostenibles, volviendo los territorios menos habitables por la conjunción de violencias que en ellos se entrecruzan.

Para dar cuenta de varias de las implicaciones de estos espacios que han pretendido ser intervenidos por el desarrollo, he realizado algunas investigaciones y otros procesos de documentación de las realidades territoriales y comunitarias en la zona conformada por los municipios de Ixtlahuacán del Río y Cuquío. Sin embargo, antes de los procesos formales de investigación desde lo académico, ha habido otros procesos igualmente importantes que configuran un interés por la zona, por la defensa de la vida campesina en ella y por la transformación invisible de las distintas relaciones sociales que se encarnan en ella.

Sobre estos procesos es que me interesa hablar en este artículo, para hacer presentes esos sentidos que van más allá de la racionalidad académica, sin los cuales esta última sería una actividad extractiva más; son procesos de compromiso político, de búsqueda de sentido de la existencia, de lucha por la vida en su sentido más amplio y de encontrar formas de habitar más gozables y que valgan la pena de ser vividas.

Las ciencias sociales han tenido algunas crisis en sus bases epistemológicas a partir de cuestionamientos a estas que provienen del surgimiento de movimientos que a mediados del siglo pasado, después del horror de la segunda guerra mundial, sacuden al mundo y su tendencia capitalista que pareciera no tener freno: los procesos de descolonización en varios países, los movimientos de liberación en Latinoamérica y contra las dictaduras, las luchas de afrodescendientes contra los regímenes de exclusión y esclavitud, las continuas oleadas feministas, los movimientos de liberación homosexuales, los diversos ecologismos, los levantamientos estudiantiles, las movilizaciones indígenas en torno a los 500 años de la conquista europea en sus territorios; incluso los avances en teorías de la física cuántica, la biología, así como otras ciencias consideradas inamovibles y *verdaderas* rumbo al reconocimiento de la complejidad sistémica de la realidad, aunado al acceso creciente a las universidades en las que más juventudes que estudian ciencias sociales, se posicionan crítica y políticamente en sus reflexiones teóricas y sus prácticas. Todo ello en su conjunto, ha provocado un coro diverso de voces y posturas críticas ante la univocidad que se prometía desde la modernidad como matriz civilizatoria. Por unos o por otros lados podemos sentir ecos y herencias de estas distintas luchas y de las semillas que arrojaron en los más variados territorios, las cuales a veces se vuelven iniciativas de trabajo que al desenvolverse abrevan de toda esta tradición de cuestionamiento que viene mostrándose más fuertemente en estas últimas décadas.

De todo ello se nutre este texto, y de ahí a abrevado todo el trabajo realizado que lo sustenta. Pretendo presentar una argumentación que al narrar una historia la deconstruya y suelte pistas y algunos análisis sobre el asunto del monocultivo de maíz y sus impactos socioambientales en los espacios rurales en el marco multivocal antes mencionado. Para ello recurro una narración ensayística entendiendo que:

el ensayo es la didáctica hecha literatura, es un género que le pone alas a la didáctica y que reemplaza la sistematización científica por una ordenación estética, acaso sentimental, que en muchos casos puede parecer desorden artístico. Según entiendo el ensayo, su carácter específico consiste en esa estilización artística de lo didáctico que hace del ensayo una disertación amena en vez de una investigación severa y rigurosa. El ensayo está en la frontera de dos reinos: el de la didáctica y el de la poesía, y hace excursiones del uno al otro (Gómez de Baquero, 1924, citado en Gomez-Martinez, 1992, p. 141)

Desde la psicología colectiva se habla que lo mejor que puede hacer un psicólogo social es reinterpretar los sentidos y símbolos de una realidad compartida, intersubjetiva (Fernández C, 1994), se señala también, que uno de los mejores recursos con que se cuenta es la palabra escrita que evoque nuevos sentidos y significados; lo cual es un proceso siempre recursivo (Aguado, 2006). Para lograrlo recupero partes de mi historia personal, reconociendo que ella no es individual, sino que está situada en un contexto más amplio desde el cual se pueden leer de nuevas maneras problemas socioambientales que son urgentes de debatir en la esfera pública.

El artículo está construido en los siguientes apartados, primeramente, una serie de nociones teóricas de partida para situar algunos de los debates a los que se espera aportar; luego la narrativa autoetnográfica en varios bloques. Se cierra después con algunas reflexiones que parten de la trayectoria personal y se amarran a los debates delineados al inicio y a algunos que surgen durante la reconstrucción de esta historia.

Algunas coordenadas teóricas de partida hacia la narrativa autoetnográfica

Tomo como analogía un caleidoscopio, en el cual, a partir de tres espejos, acomodados triangularmente, se logran formar imágenes complejas y cambiantes de aquello que ponemos en el centro. En este caso el centro será la narración personal de ciertos episodios de vida que pretenden dar luces sobre las intersecciones entre lo socioambiental y el género, para aportar a la caracterización del sistema agroindustrial como un sistema patriarcal. No se trata solo de narrar una autobiografía, sino de encontrar en ella algunos detalles que expliquen algo más allá de la vida propia y comprender las complejidades presentes en la vida rural.

Uno de los tres espejos que enmarcan, viene desde el posdesarrollo (Escobar, 2005), en específico las críticas a la cara agroindustrial que fue tomando el desarrollo en mi comunidad a partir de la revolución verde que desembocó en un modelo de monocultivo de maíz que tiene consecuencias socioambientales, y que se sostiene en un orden social que va más allá de lo meramente productivo. Se busca pues, entender lo que hace posible que esta manera de producir siga sosteniéndose, para lo cual hay que recurrir a interpretaciones no solo técnicas y económicas, sino también intersubjetivas, ya que

el problema de no haber analizado con detalle las estrategias de poder que se entretajan en el trasfondo cultural del desarrollo agrícola y los regímenes alimentarios es que no se perciben las tácticas de subjetivación puestas en marcha para subsumir las corporalidades al andamiaje institucional que está al servicio del sistema económico capitalista. (Giraldo O., 2018, p. 12)

De la mano de este autor y la ecología política, podemos decir que hay fuertes relaciones entre capital, cultura y naturaleza, y que es necesario ir develando los dispositivos puestos en marcha para el control territorial y las corporalidades que habitan en diversos espacios. Ya que el desarrollo (y la agroindustria) se sostienen “controlando los cuerpos, por medio de un redireccionamiento de las relaciones afectivas y el orden de las sensibilidades entre los pobladores rurales y sus lugares de reproducción.” (Giraldo O., 2018, p. 16)

En relación con lo anterior, otro espejo del marco interpretativo proviene del amplio campo abierto por los feminismos en torno al género y sus relaciones con lo ambiental, en particular los ecofeminismos (Mies & Shiva, 2014), así como los debates en torno a cuerpo-territorio y la dominación patriarcal en distintos ámbitos de la vida (Herrero, 2017). Simone de Beauvoir, nos enseñaba que “no se nace mujer, se llega a serlo”, planteamiento ya clásico que permitió a muchas mujeres asumir en sus manos la tarea de dar cuenta de todos los procesos que las llevan a ser como son; por otra parte, también ha inspirado más recientemente a los estudios de las masculinidades (Connell, 2003), de donde surgen preguntas amplias en el sentido de ¿cómo llegamos a ser hombres? O algunas más de orden de la acción política ¿cómo enfrentamos el patriarcado? (García, 2015). Así mismo también se ha hablado de las masculinidades disidentes y homosexuales, incluso llegando a hablar de gaycidades (Meccia, 2011). Sin embargo, interpelado por los feminismos y los estudios de la masculinidad, así como por los estudios rurales y de crítica al desarrollo y de juventudes rurales, desde los cuales se señala lo urbanocéntrico de muchas investigaciones, me permito abrir la provocación y propongo hablar de la joticidad.

Entiendo a esta, como una reapropiación del insulto joto,¹ que es el que yo escuché dirigido a mí por primera vez en mi comunidad rural. Hay ya una serie de cuestionamientos a la hegemonía de lo “gay” en la diversidad sexual (Nuñez Noriega, 2011), entendiéndolo como una construcción intersubjetiva con algunos privilegios de clase, que tiene mayor aceptación social que otras identidades diversas (Boivin, 2011; Ponce P, 2006). En ese sentido, antes de saberme gay primero me supe joto en mi pueblo; desde esos primeros insultos iba renegociando conmigo y con mi entorno, cuáles eran los lugares que podía ocupar y cuáles las prácticas que podía tener en ellos.

El tercer espejo es el conformado por el campo de reflexión en torno a las metodologías cualitativas como forma de acceder a la comprensión profunda de los fenómenos sociales. En específico la reflexividad (Sánchez, 2012; Preissle & DeMarrais, 2019) presente en las ciencias sociales que nos lleva a explorar nuevas vías de acceso al conocimiento. Una de estas es la autoetnografía (Ellis, Adams & Bochner, 2010), entendida como “investigación, escritura, historia y método que conectan lo autobiográfico y personal con lo cultural, social y político” (Ellis, 2004 citada en Bénard, 2019, p. 9). Esta autora nos menciona que:

La autoetnografía es un acercamiento a la investigación y a la escritura, que busca describir y analizar sistemáticamente la experiencia personal para entender la experiencia cultural. Esa perspectiva reta las formas canónicas de hacer investigación y de representar a los otros, pues la considera como un acto político, socialmente justo y socialmente consciente. El investigador usa principios de autobiografía y de etnografía para escribir autoetnografía. Por ello, como método, la autoetnografía es a la vez proceso y producto. (Ellis, Adams & Bochner, 2010, p. 17)

Esta perspectiva investigativa está relacionada en cierta manera con los métodos biográficos y con el enfoque de curso de vida (Caïs, Folguera, & Formoso, 2014). Desde estas distintas metodologías toma relevancia conocer las trayectorias de vida de las personas, como una manera de entender la relación entre lo social y lo individual y comprender las transformaciones sociales a lo largo del tiempo.

Con estos tres espejos en caleidoscopio, continuaré entonces trayendo al centro mi narrativa autoetnográfica, esperando en ella se comiencen a ver algunas claves e imágenes para pensar en cómo el sistema agroindustrial opera en las vidas concretas y qué sucede cuando se le comienza a cuestionar o querer transformar.

¹ La palabra, muy utilizada en México, remonta al periodo histórico donde los homosexuales capturados por la policía eran reclusos en la cárcel de Lecumberri, en específico en la crujía J, que era destinada a los presos por ese “delito”. Los ahí encerrados eran los jotos. El término ha sido despectivo.

De la experiencia infantil a la adolescente, la inadecuación

Mi padre dejó de sembrar cuando yo tenía 10 años aproximadamente; era el tiempo de la entrada de México en el Tratado de Libre Comercio, que abriría la puerta a una serie de problemas socioeconómicos que se irían presentando más adelante mientras yo crecía (Rubio, 2006). Yo no me daba cuenta, sin embargo, el que mi papá dejara la agricultura para dedicarse a la mecánica automotriz no es una decisión al azar, sino que está inserta en una problemática mayor y estructural: la descampesinización (Gamboa, 1977). Para ese entonces era cada vez más difícil sostener la siembra del monocultivo de maíz, por los cambios en las políticas de apoyo a la agricultura (Ayala, 2007). En ese tiempo comenzaban a migrar cada vez más personas de la comunidad.

Yo era muy pequeño para entenderlo, pero la decisión de mi padre le apostaba a una necesidad de la época: reparar la creciente maquinaria que llegaba a México, tanto tractores como camionetas, provenientes de Estados Unidos. Además, ha sido un trabajo típicamente asignado a lo masculino. Una labor que tenía una relación particular con las aspiraciones de desarrollo que seguían aleteando en mi comunidad, a pesar del neoliberalismo que iba acechando cada vez más y desarticulando la agricultura de las comunidades rurales (Rubio, 2006).

Desde muy pequeño me daba cuenta de que ser agricultor, como lo percibía, no me interesaba, a pesar de que disfrutara jugar en los callejones de cultivos, a veces con los envases vacíos de agrotóxicos (eso que ahora se llamaría una mala práctica agrícola). Ser mecánico, como mi padre, tampoco me llamaba la atención, a pesar de que tenía mucha curiosidad científica por la química y la física y la forma como funcionaban los motores. También tenía cierta repulsión al olor de la grasa y, sin darme cuenta, al de la masculinidad hegemónica que la actividad me suponía.

En cambio, estudiar sí llamaba mi atención, aunque no sabía que ese interés estaba también permeado por la entonces creciente escolarización, y los recientes casos de éxito de otras personas de la comunidad que, habiendo estudiado en los ochentas y noventas, tenían ahora trabajos exitosos que hacían pensar que estudiar era una buena alternativa, entre la tambaleante agricultura y la migración a Estados Unidos. Estudiar se me había facilitado, me gustaba la lectura, disfrutaba la Historia, la Geografía, la Biología y también las Artes. Pero, sin darme cuenta, tener una inclinación a estas actividades me posicionaba ya como un hombrecito poco común, y, por lo tanto, alejado de la masculinidad hegemónica, me comenzaba a sentir inadecuado. No había en mi entorno rural muchas opciones para desarrollar mis intereses, y entonces lo más cercano era la participación en grupos religiosos que por aquel entonces,

tenían aun influencia de la teología de la liberación (cosa que yo supe hasta pasados los 19 años) y que promovían la participación juvenil. Ello habría de marcar mis posteriores apuestas de vida.

En un lugar como Palos Altos, donde las trayectorias de vida posibles para las juventudes eran tan marcadas (Sánchez, 2020), hacia finales del siglo yo tenía muy claro que estudiar iba a ser la mía. Migrar a Estados Unidos me llegó a atraer temporalmente. Dedicarme a sembrar no era opción, porque mi papá ya no lo hacía.

Como adolescente me comenzaba a sentir extraño, los roles de género y la sexualidad comenzaban a tensarme al darme cuenta de que las diferencias eran cada vez mayores, comencé a ser más cercano a algunas mujeres, que siempre habían sido más abiertas y amables, mientras la confrontación con otros chicos que ya me comenzaban a decir joto fue creciendo durante la temporada de la Telesecundaria.² Ahora comprendo que ser “joto” era la forma como señalaban mi desobediencia al rol masculino y mi cercanía al femenino, más que a la práctica sexual en sí misma, y que desafiaba subterráneamente ese mandato patriarcal de siempre demostrar que era hombre.

La escuela, en su función reproductora del estatus quo, reforzaba la idea de que había que estudiar “para ser alguien en la vida”, y como yo era buen estudiante (al menos en ese contexto), fue relativamente fácil para mí irme por esa vía. Si en otros aspectos de la vida escolar no me iba a bien, por el *bullying* homofóbico; en lo académico se recompensaba mi trayectoria, y en ello me iba mejor que a todos mis demás compañeros varones.

Sin ser consciente de ello, mi condición de diversidad sexual que comenzaba a darme señales de existencia me iba alejando de las actividades típicamente *masculinas*, y fui sobresaliendo en las femeninas, cantaba en un coro religioso, participaba en espacios comunitarios de organización, también ligados a la iglesia y liderados por mujeres. Y en todos esos lugares me reforzaron la idea de que yo era bueno para estudiar y, por lo tanto, me tenía que ir de la comunidad. Nadie me habló de lo que eso implicaba, solamente se me vendió como un sueño que cumplir, no como un trabajo que hacer. Irse a la ciudad a estudiar era la meta, nunca me enseñaron a pensarlo como un proceso complicado.

La experiencia juvenil: el exilio a la ciudad prometida

Sin saber que lo vivido era parte de un proceso de descampesinización urbanocéntrica a escala global recrudescido por la conformación de un sistema agroalimentario mundial basado en monocultivos industriales y paquetes tecnológicos que socaban las soberanías alimentarias

² Sistema de educación secundaria, destinado a comunidades rurales pequeñas, donde las clases eran transmitidas como programas de Televisión.

presentes en los espacios rurales (Machado, 2002), me fui a la ciudad pensando en que mi sueño era único y distinto. La formación escolar que mencionaba anteriormente me hacía pensar que en la ciudad iba a encontrar, lo que desde los medios de comunicación se me prometía como éxito. Estudiar fue mi proyecto de vida elegido, y pensaba que era la manera de “salir adelante” y “ser alguien en la vida”.

Sabía que vivir en la ciudad sería complicado económicamente, pero nunca se me habló del costo social y emocional que tiene para un joven que vivía en una comunidad de alrededor de mil personas, mudarse a vivir a una de las 3 ciudades más importantes del país. En específico al municipio de Zapopan, uno de los más desiguales de México,³³ concretamente en las periferias, donde transportarme a la escuela implicaba alrededor de una hora y el uso de dos rutas de transporte público.

Aun así, luchar por ese sueño que ya había hecho mío, me motivaba a estar estudiando en la ciudad. Sin embargo, la carrera de Psicología, la cual había elegido motivado por mi pasado relacionado con los grupos juveniles religiosos, no terminaba de gustarme, debido a (lo que después entendí) su sesgo más individualista.

No obstante, a nivel personal, la relativa apertura social que encontré en la carrera de Psicología me ayudó a asumir la homosexualidad y aceptarme en ese entonces como gay. El anonimato ciudadano me permitió explorar mi sexualidad de una forma que no habría sido posible en mi comunidad rural ranchera y conservadora, a menos que fuese ocupando los lugares tradicionales y estereotipados ya designados socialmente a las diversidades sexuales y las disidencias, materializados en personajes blanco de burlas y desprecios; eso, aunado a mi homofobia internalizada, me hacía alejarme de una vivencia de la homosexualidad disidente, y aspirar a la experiencia Gay (blanca y hegemónica), que también es otro estereotipo, este sí aceptado, pero lejano porque implicaba un consumo que como joven rural en la ciudad no me era accesible.

Con todo y eso, fui explorando mi sexualidad de una manera relativamente crítica de la mano del zapatismo, movimiento social mexicano del que hablaré más adelante, así como también de la psicología social que me permitió tener algunas lecturas de la realidad más complejas y situadas. Estas dos influencias me salvaron del talante individualista de la psicología que rechazaba, y le dieron sentido a mi vida en la ciudad por algunos años.

³ Más información al respecto: <https://iieg.gob.mx/strategos/el-atlas-de-la-desigualdad-de-jalisco/>

El zapatismo, la reconciliación y el regreso a la propia trinchera

El zapatismo ha sido un movimiento que desde su aparición cimbró la vida pública de México, un país contrastante y desigual, cuyos gobiernos aspiraron a convertirlo en ejemplo mundial al hacerlo socio comercial de Estados Unidos y Canadá, a través de la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Esta supuesta entrada triunfal de México en el concierto del neoliberalismo mundial solo acentuaría sus desigualdades y provocaría complejas crisis (Tribunal Permanente de los Pueblos- Capítulo México, 2016).

Los pueblos campesinos e indígenas han sido históricamente subordinados a las ciudades. El proceso mismo de acumulación de capital ha estado originariamente ligado al despojo de los territorios comunes, en Europa de unas maneras, en Latinoamérica de otras, con sus diferencias, pero parecidas. El surgimiento del capitalismo está basado en esta acumulación histórica de capitales, por un lado, y de desventajas, por el otro. Un proceso en que se interrelacionan territorios y cuerpos, en especial los cuerpos de mujeres, así como los de campesinos y campesinas.

El zapatismo supo evocar en las ciudades la larga historia de resistencia de los pueblos indígenas mayadescendientes en Chiapas, y hablar a esos Otros que existíamos en otras partes del país, y que desde distintas trincheras resistíamos a las mil cabezas de la, por ellos llamada, hidra capitalista (EZLN, 2015).

Solo diré por ahora que estar cerca del movimiento zapatista, a través de la Brigada Dr. Ignacio Martín-Baró, me dio los elementos necesarios para hacer vivible la experiencia de exclusión urbana que, como joven rural, resentí en los primeros dos semestres de la carrera. Idealizar la posibilidad de trabajar, vivir y luchar en Chiapas me motivaba para terminar la carrera de psicología en su vertiente psicosocial. La psicología social de la liberación (Martín-Baró, 1998) y la comunitaria (Montero, 2006) me formaron un horizonte teórico y político que me alentaba a resistir en la ciudad. La experiencia de trabajo en comunidades indígenas zapatistas me había estremecido tanto que todos los sentidos de mi vida estaban atravesados por el zapatismo.

En un inicio incluso me sentía más interpelado como gay y como indígena que como campesino. Tenía escrito con letras gigantes en mi pequeña guarida en las periferias de la ciudad el siguiente fragmento de un comunicado zapatista

La hipócrita normalidad del que es poder convierte en crimen la preferencia sexual y como criminal es perseguido el varón que ama al varón, la mujer que a la mujer ama, el otro que con el otro amor construye. Es hoy el amor un crimen. (EZLN, 2001, p. 281)

La posibilidad de aceptarme homosexual de la mano de los simbolismos zapatistas, de vivirlo como una resistencia frente a los poderes establecidos fue importante en esa etapa.

Sin embargo, el aspecto que más marcó mi vida, tras un primer intento fallido de dejar la vida urbana e irme a la montaña,⁴ fue la máxima consigna zapatista: “Cada quien desde su trinchera” que hacía referencia a la importancia de luchar cada quien en sus contextos. Para ese entonces estaba leyendo sobre la reflexividad en las ciencias sociales (Aguado, 2006), y la recursividad⁵ me hacía sentido con la figura del caracol, muy importante para los zapatistas. Todo ello me llevaba a cuestionarme cómo volver a los orígenes y qué clase de trabajo podría plantear.

Hacia el final de la carrera de Psicología, comencé mi servicio social en el municipio de Cuquío, atendiendo familias en contextos rurales, buscando una adaptación y aplicación de lo aprendido en la psicología, con la postura crítica de la psicología social. Así mismo, inicié un proyecto de psicología comunitaria en la comunidad de Teponahuasco, con mujeres alfareras, orientado a la revitalización cultural de esa comunidad de origen indígena en un contexto rancharo. También comencé un grupo de trabajo con mujeres campesinas en un programa de desarrollo comunitario del gobierno municipal. Todos estos proyectos de trabajo me llevaron a considerar que era importante conjuntar estos esfuerzos en un proyecto de trabajo más integral, y le dieron sentido a posicionarme como un psicólogo social en espacios rurales.

Caracol psicosocial A.C. se llama el proyecto que comenzamos en 2009 con mi entonces pareja, otro psicólogo social. Los dos componentes del nombre simbolizaban las dos grandes influencias que enmarcaban teórica y políticamente las acciones que realizábamos. El caracol es una metáfora de lo psicosocial, en términos de la psicología colectiva que habla de que pensamos y sentimos en formas estéticas (Fernández C, 1994), porque en una misma figura se simboliza ese camino entre el adentro y afuera, lo interno y lo externo, lo social y lo psicológico. El pensamiento espiral desafía la linealidad del pensamiento moderno (Gavilán, 2012).

Por otra parte, la preocupación por el maíz transgénico fue uno de los temas que me conectó con la campesinidad que me rodeaba. La posibilidad de siembra comercial de maíz genéticamente modificado ha tenido una larga historia de resistencia entre el campesinado mexicano y algunas organizaciones sociales. Cuando comencé a saber del problema me

⁴ Los contextos sociales y políticos se enlazan con las biografías y las trayectorias: cuando planteaba irme a trabajar un proyecto educativo a Chiapas, en el país se acercaban las elecciones presidenciales de 2006 y el mismo zapatismo lanzó “La Otra Campaña”. Los compañeros zapatistas me pidieron que pausara el proyecto y me sumara a la otra campaña: “nos eres más útil allá”. Como ellos me lo pedían accedí con más gusto, sin embargo, el hecho de buscar hacer trabajo de base en mi comunidad de origen comenzó a tomar más fuerza y de ahí surgió Caracol Psicosocial A.C.

⁵ Un proceso recursivo es aquel en el cual los productos y los efectos son, al mismo tiempo, causas y productores de aquello que les produce. (Morín, 1989).

relacioné con la Red en Defensa del Maíz, y en sus reflexiones integrales sobre las distintas amenazas a la vida campesina (RDM, 2014; RDM, 2004), fui reconociendo que el sentido de mi labor psicosocial tenía que ser inspirado por lo campesino en general y no solo por lo indígena que venía del zapatismo.

Los primeros proyectos de trabajo del Caracol fueron en comunidades del municipio de Cuquío, Teponahuasco, San José de los Molina y Sauces de Pérez, en todos ellos trabajaba con grupos de mujeres campesinas. Desde su perspectiva me fui acercando nuevamente al trajín cotidiano de la vida en el campo de mi región y fui re-conociendo las problemáticas desde otra perspectiva. En mi comunidad de origen en Palos Altos, mi trabajo me reconectaba con las juventudes, y también inicié un proyecto de sensibilización sobre agricultura ecológica.

Tratando de conjuntar esta experiencia, y con el interés de vincular género y ruralidad, apostamos en 2011 por un proyecto de diagnóstico psicosocial de las masculinidades en el medio rural, que consistió en acompañar a 12 campesinos en sus labores cotidianas y conversar con ellos sobre temas significativos en la construcción de su ser hombres. De este proyecto surgieron varias cosas interesantes, una de ellas fue el reconocer la dimensión psicosocial de las problemáticas relacionadas con la agricultura intensiva y sus impactos específicos en los varones; otra fue el espacio de reflexividad que nos confrontó a quienes acompañamos con la propia construcción de la masculinidad (asumirse varón junto con ellos en una diversidad de formas de ser, cruzadas todas por aspectos estructurales comunes, de dominación, de violencia, de obligarse a ser siempre proveedores, siempre fuertes) y del reconocimiento de ello surgió una forma poética que implicaba una apuesta, relacionando el tema de género con el del maíz, durante ese periodo hablamos de las “Maizculinidades” y lo representamos en esta imagen:



Ilustración 1: Representación del proyecto "Compadres" Elaborada por Caracol Psicosocial AC.

Fue a partir de este proyecto y de esta intervención que por primera vez me sentía un hombre en esta región, un hombre preocupado por la vida campesina, por sus congéneres, psicólogo social, que a la vez era distinto a ellos, ya que el proyecto lo desarrollamos mi entonces pareja y yo, ambos con una visión similar sobre la necesidad de este tipo de proyectos, y los dos trabajando juntos, ante otros hombres que nos llegaron a inquirir sobre si teníamos novia, por la sospechosa forma en que ambos convivíamos (algo mediada por el closet), sin embargo, ambos llegamos a conectar de manera muy comprometida e íntima con todos esos hombres y a tener datos interesantes que nos confrontaron y nos enseñaron más sobre la vida campesina.

Asumirse joven rural en el monocultivo de maíz y la lucha contra la agroindustria

Pero más allá de todo lo narrado anteriormente, el proyecto del cual surgió una mayor potencia y una conexión con el territorio fue el trabajar con las y los jóvenes del colectivo Juxmapa.⁶ El proyecto “Desde las raíces” planteó desde un inicio una educación ambiental situada en las problemáticas concretas de la comunidad de Palos Altos, y asumimos que las y los jóvenes podían ser actores sociales frente a estos asuntos y actuamos en consecuencia (Sánchez, Meza, & Águila, 2021).

Conforme el proyecto fue gestándose, se fue convirtiendo en una crítica a la agroindustria desde las juventudes rurales. Trabajar con jóvenes de mi propia comunidad terminó siendo la mejor trinchera de lucha. Desde ahí sentía mayor coherencia que cuando trabajaba con indígenas zapatistas en Chiapas, o con mujeres y hombres campesinos en Cuquío. Acompañado de estos y estas jóvenes me asumí joven rural. Fue entonces cuando algunas de las reflexiones sobre descampesinización, sobre urbanocentrismo, sobre migrar y estudiar, tomaron un mayor sentido.

Asimismo, comenzamos a documentar los efectos socioambientales del monocultivo de maíz. Nos confrontaba comenzar a imaginar, lo que Rachel Carson ya advertía décadas antes en su libro *La Primavera Silenciosa* (1962), cuando en nuestra comunidad apenas comenzaba la revolución verde. El uso de pesticidas en la producción de maíz amenazaba no solo a las especies que quería combatir, sino que venía arrasando con la diversidad de plantas en la zona, y también acabando el equilibrio de otros organismos manifestándose en plagas cada vez más resistentes.

⁶ Jóvenes Unidos por el Medio Ambiente de Palos Altos. Hay un artículo dedicado a la recuperación de esta experiencia (2021).

La vinculación del Proyecto desde las Raíces y el Colectivo Juxmapa con la Red en Defensa del Maíz, la Asamblea Nacional de Afectados Ambientales y el Tribunal Permanente de los Pueblos, nos otorgó una perspectiva integral y nacional de las problemáticas derivadas de la agroindustria. De 2012 a 2015 tuvimos una serie de reuniones donde asistimos otros jóvenes y yo, a escuchar una serie de problemáticas que hombres y mujeres indígenas y campesinos debatían en colectivo y luchaban por la defensa de sus territorios. Escucharles nos hacía confrontarnos con la realidad propia. A la par que comprendíamos y documentábamos las afectaciones al medio ambiente, a la salud y a las familias en general. Con estos y estas compañeros de lucha, nos sentimos interpelados a hablar de nuestra realidad desde el particular punto de vista de las juventudes. Sin embargo, algunas veces llegué a sentir que esos mismos compañeros que defendían de corazón su territorio, no defenderían con la misma fuerza los derechos de las mujeres y menos los de la diversidad sexual. Pareciera que no veían conexión entre estos derechos, lo cual me generó inquietud y ganas de comprender esa relación y este artículo es una expresión de ello.

Hacia 2015, decidí nuevamente estudiar, ahora un doctorado, que me permitió sistematizar toda la experiencia antes narrada y teorizarla. Comencé a hablar de la Condición Juvenil Rural en contextos agroindustriales, denunciando cómo el agronegocio amenaza la vida de las generaciones futuras. En el contexto de Jalisco, que para entonces se promocionaba en radio, televisión y otros eventos como el Gigante Agroalimentario de México (Gov.Jalisco & Seder, 2014), a contrapelo surgió nuestro cuestionamiento como jóvenes a todo ese modelo al grado de llevar a una confrontación más directa como lo mencionaré en el siguiente apartado.

Tirarle pedradas al gigante agroalimentario y sus avionetas

En el verano de 2017, estando en la huerta agroecológica impulsada en el proyecto de Caracol Psicosocial A.C., se comienza a escuchar una avioneta fumigadora. Ya en otros años se habían visto en parcelas aledañas, sin embargo, ahora sonaba más cerca, hasta que una tarde llegó a la parcela vecina, salí a videgrabar con el teléfono celular para denunciar el hecho en redes sociales, y en una de sus vueltas la avioneta soltó su veneno antes de la parcela y me bañó completamente el cuerpo y la huerta. Toda intención agroecológica se desgarró en ese momento, mi cuerpo y la huerta estaban bañados de ese coctel de químicos que rociaba la avioneta, a unos metros de mi casa y a 150 metros de la escuela primaria de la comunidad. Unos metros más allá estaba mi vecino y familiar observando su faena agroquímica junto a su hijo de 5 años.⁷

⁷ Esa imagen del padre y el hijo me persiguió por varios días, pensando en el espectáculo novedoso que el padre ofrecía a su hijo, un momento de paternidad, marcado por el veneno de la agroindustria. Al

Este suceso me marcó profundamente, si bien ya veníamos confrontando y cuestionando al monocultivo de maíz desde hacía años junto al Colectivo Juxmapa, el ser directamente bañado en agrotóxicos le daba una corporización más abrupta. Horas después de recibir el rocío venenoso en mi piel, me había bañado, había encerrado mi ropa en una bolsa de plástico. No tenía idea de qué hacer, cómo actuar. Solo me invadía una rabia y una tristeza que no conocía. Miraba la huerta agroecológica ahora intoxicada, y con ello se rompió el optimismo anterior de la lucha juvenil contra la agroindustria. Si bien nunca fui totalmente ingenuo, el verme amenazado por la avioneta le dio un giro cruel y realista al proyecto. Ese era el contexto en el que estábamos decidiendo hacer agroecología, un contexto de agroindustria violenta.

Ese mismo año, unas semanas después, tuve la fortuna de ser becado por el Centro Latinoamericano de Formación Interdisciplinaria (CELFI) en Argentina, y coincidentemente asistí a Córdoba a un curso de Justicia Ambiental, donde conocí de primera mano el movimiento iniciado por las Madres del Barrio Ituzaingó contra los agroquímicos y las fumigaciones aéreas, así como pude conocer, de viva voz, la lucha de la localidad Malvinas Argentinas contra la instalación de una planta de Monsanto en la región. Por otro lado, tuve mayor referencia del movimiento de escuelas fumigadas en Argentina. En menos de dos meses me atravesaron esas experiencias fuertes y contradictorias, por un lado, vivir en carne propia el envenenamiento, por el otro, conocer las luchas más emblemáticas al respecto en Latinoamérica. Me llevaría meses asimilar toda esa fuerte racha de sucesos.

En Julio de 2018, casi un año después, comenzó de nuevo la temporada de fumigaciones en mi comunidad. Con lo anteriormente narrado, se había acumulado una serie de rabias, pero también de información y de datos que me hacían sentir obligado a hacer algo más que publicar en redes sociales el desacuerdo con las fumigaciones. Comenzamos una campaña virtual contra las fumigaciones que en menos de tres semanas movilizó a la comunidad entera, realizando algunas reuniones en la plaza municipal.

Todo este proceso está documentado en un artículo titulado “Conflictos intergeneracionales en contextos agroindustriales. Juventudes rurales ante el monocultivo y las fumigaciones aéreas en México” (Sánchez, 2021), en el que se pueden analizar las implicaciones intergeneracionales que tuvo este conflicto, ya que desde las juventudes rurales se confrontó directamente el modelo agroindustrial del monocultivo de maíz en Palos Altos. En resumen, jóvenes de la comunidad, involucrados en la causa desde distintas perspectivas

mismo tiempo que se veían disfrutando el vuelo de la aeronave, el padre le enseñaba al hijo que era normal fumigar a sus vecinos.

llegaron a cuestionar a los adultos y ancianos que defendían su actividad económica y denostaban las preocupaciones ambientales y de salud que las y los jóvenes planteábamos.

La confrontación generada con la manifestación contra las fumigaciones aéreas escaló en la comunidad a una serie de conflictos intercomunitarios y, en mi caso, interpersonales y familiares. Varias personas de la comunidad se acercaron personalmente a manifestar su apoyo encubierto, pues públicamente no querían asumir conflicto con los actores involucrados. Por varias semanas tuve innumerables conversaciones con distintas personas. Una de esas conversaciones fue con una mujer, quien me comentó que, durante una de las reuniones en la plaza municipal, un hombre que observaba desde lejos la reunión estaba visiblemente molesto con lo acontecido. No era el primero que ante el conflicto intentaba desacreditarlo con el argumento de que yo, el principal promotor del movimiento, no tenía la autoridad para cuestionar los modos de sembrar maíz que la agroindustria venía imponiendo desde hace décadas con la revolución verde.

Sin embargo, en su molestia este hombre dijo una frase que terminó por develar algo que ya venía intuyendo, pero no asumía. Uno de los principales argumentos vertidos en las reuniones era el peligro de los agrotóxicos para las nuevas generaciones, (sustentados por la experiencia de las madres del barrio Ituzaingó en Argentina). Después de proferir varias burlas sobre lo que para él era un despropósito, menciona enojado “además, yo no sé por qué le preocupa eso, es joto, ni hijos va a tener”. La mujer que me lo cuenta, algo molesta, me da a entender que este hombre hacía comentarios burlescos a mi condición homosexual. El tufo homofóbico de ese comentario me causó mucha curiosidad, y desde el verano de 2018 me daba vueltas en la cabeza. Por ese y otros comentarios similares, me daba cuenta de que mi presencia por sí misma era molesta para algunos hombres adultos de la comunidad, pareciera que les estaba cuestionando no solo su forma de producir y ser hombres proveedores, sino también por ser joto y hacer presencia pública, hablando de un tema del cual consideraban que yo no sabía. A partir de esos comentarios, comencé a concluir que la intersección entre joven, homosexual y promotor de agroecología era exactamente lo contrario al modelo establecido: adultocéntrico, heterosexual y agroindustrial.

Esa frase dicha por ese hombre en el margen de las reuniones, como algo escondido, pero a la vez como un chisme que aspira estar en lo público, es el meollo de este artículo. Para mí implicó reconocer que toda una trayectoria que parece individual está atravesada por una serie de ordenamientos, de simbolizaciones, que solo fueron accesibles a partir del cúmulo de experiencias, lecturas, reflexiones colectivas, reuniones, procesos de defensa territorial en los que me he movido. Por eso toda la narración inicial, por eso contarla en primera persona. Es contar desde otra voz lo que nos dice la teoría de la interseccionalidad, es mostrar que en una

vida personal se encuentra el cúmulo de información de toda la sociedad, como en un fractal. Primero me definía como un rancharo neorural, en las discusiones sobre las neorruralidades; sin embargo, conforme fui avanzando en esta apuesta, me doy cuenta de que la joticidad es la que me da un punto de vista híbrido y distinto, entonces me hace más sentido nombrar mi forma de habitar no como indígena, ni como rancharo, no como joven rural, ni como hombre, sino como joto antiagroindustrial.

Devenir joto en la lucha antiagroindustrial

Para este apartado voy a recuperar una publicación realizada en mi perfil de Facebook, en la cual están los gérmenes de este artículo, pues a partir de esa reflexión personal decidí participar en la convocatoria de este número de *Heterotopías*. La copio directamente porque considero que es un discurso que rescata lo que quiero resaltar en este texto, y tiene además un carácter evocativo y afectivo que puede mostrar los sentidos implícitos en toda esta reflexión, y además la ironía del título de la publicación está relacionada con este episodio donde, en su discurso, este hombre de la comunidad me niega la posibilidad de luchar por la contaminación química hacia las nuevas generaciones por mi condición sexual, asumiendo que las personas solo deberían cuidar a sus propios hijos y no preocuparse por los de la comunidad, menos siendo jotos.

“Pininos agrícolas de un joto-psicosociólogo-rancharo-antimonocultivo (en ese orden)...

Hoy ha sido un día de pasar por el corazón, recordar que hace 12 años se concretaba mi primer impulso de reconexión con la agricultura. Me asustaba el maíz transgénico, porque esas empresas yo las veía desde niño en mi alrededor. Con apoyo de mi queridísimo Iván, ofrecimos una serie de talleres en mi rancho, y mis primeros invitados eran mis familiares. Yo estaba en contra del maíz transgénico pero no sabía mucho más, aunque tenía saberes en tierra profunda.

Seguramente mis tíos y otros rancharos me miraban con cierta condescendencia por mi ingenuidad (finalmente en mi joticidad me había alejado de la agricultura porque no me sentía incluido en ella), pero alguna parte de lo que les decía les hacía sentido. Con Iván hicimos Bocashi, super magro, lombricomposta y discutimos sobre el maíz y por primera vez yo andaba en las parcelas como hombre (gay) adulto y psicólogo, junto a ese hombre sensible que es Iván, que conectaba con mi ternura y mi feminidad a la vez que conectaba con la masculinidad de mis tíos. También tuvimos talleres con mujeres que me eran más cómodos pues no me sentía cuestionado por ellas. Aunque de todos modos, tanto hombres y mujeres me preguntaban de vez en cuando ¿pero que hace un psicólogo queriendo sembrar?!

De ahí para acá me sembré en Palos Altos, de ahí para acá con el Caracol buscamos la forma de campesinear de otras maneras más psicosociales. Yo me fui dando cuenta que mis ímpetus de cambio que habían sido nutridos por muchas experiencias indígenas y esa tradición antigua de resistencia, no calzaban del todo con mi familia y entorno rancharo.

Ponía películas, hacíamos discusiones, y mis tíos escuchaban, yo sentía que poco a poco se fue perdiendo el interés, e incluso mis intentos de sembrar hortalizas podrían parecer un jueguito hippie al lado de las grandes parcelas. Pero a la vez yo sabía que a mis tíos les preocupa el veneno, yo sé que quisieran sembrar de otra manera más sustentable.

Entonces dejé de intentar trabajar con hombres adultos y me volví a las juventudes, y de ahí pa' cá, mi cabeza, mi corazón y mis fuerzas han estado preguntándose cómo sembrar de otra manera, cómo dignificar la vida ranchera y campesina. Trabajé con jóvenes, en el campo, luego me puse a reflexionar esa acción desde la academia, a entender el contexto profundo, y el trabajo no ha parado, aunque hay tiempos de secas, luego llega la lluviecita y reverdecen las cosas, vuelven a brotar semillas que se me habían olvidado que estaban ahí. Después, cuando enfrentamos a las avionetas fumigadoras ellos, impulsados por una joven mujer del colectivo, iniciaron otro proceso de reducción de agroquímicos, pero yo ya andaba entretenido terminando mi tesis.

Hoy fui con mi tío, en su caminar de preocupación ecológica ahora tiene un sistema muy artesanal de producción de microorganismos para el suelo, y me dio un poco de esos preparados para mi huerta en el caracol. Cuando me lo estaba regalando me dijo muy despreocupado y como si fuera cualquier cosa, que ahora de carrilla los otros campesinos rancheros le dicen “el sustentable”, así como él, yo no le puse mucha atención al apodo en ese rato.

Pero ahora en la tarde, mientras esparcía los microorganismos en el suelo (heredado por mi abuela), me cayó el veinte de que hace 12 años, hicimos el primer taller ahí, en esa casa de mis abuelos, en el cumpleaños de mi abuelo (que es el primer año que no está con nosotros); y me daba cuenta que ahora mi tío a su manera y con sus jóvenes, intenta hacer las cosas distintas en medio de todo este sistema de mierda y veneno que nos asedia.

Ser un joto-psicosociólogo-ranchero-antimonocultivos ha sido desafiante para mí y para los lugares donde me muevo, pero en esas anDanzas, aunque a veces se me olvida, en 12 años hemos cultivado muchas cosas...”



Ilustración 2. Imagen de publicación personal del Facebook del autor.

Espero se infiera de todos estos relatos, que la experiencia de la joticidad me excluyó de ciertas prácticas y de ciertos sentidos relacionados con la revolución verde como proceso patriarcal de dominación de la naturaleza, y me obliga a verla desde otros lugares; entonces,

pienso que, desde ahí, desde la joticidad y la cercanía con los ecofeminismos, puedo ver el sinsentido del monocultivo en términos socioambientales y preocuparme por los cuidados del territorio donde vivo. Desde aquí entonces me he preocupado por los vínculos generacionales que van más allá de los vínculos de sangre y parentesco vitales en la dominación masculina (Rubín, 2015). Por ello el hombre en su molestia, expresaba una confusión: un joto al no tener hijos sanguíneos, no tendría que estar preocupado por la contaminación y la enfermedad de los hijos de los demás.

Desde mi experiencia, como joven rural, como joto y con mi cercanía a las mujeres, ecofeminismos y a movimientos de crítica a la agroindustria,⁸ hemos podido delinear poco a poco el carácter patriarcal de monocultivo de maíz. Para los hombres adultos más involucrados con el agronegocio, el joto, al igual que la mujer y las niñas, no sabe de las actividades económicas, no sabe de sembrar, no sabe de los negocios agroindustriales realmente importantes. Pero como menciona Giraldo

el agronegocio industrial que expande sus tentáculos sobre los campos del mundo, no puede pensarse exclusivamente como un sistema tecnológico y económico-político, sino como una compleja relación de significaciones culturales que le dan sustento a esas mismas configuraciones estructurales que lo hacen posible. (Giraldo, 2018, p. 42)

Esa red de significaciones es de orden intersubjetivo, y en este orden esta permeada la industrialización (Illich, 1978) y la violencia patriarcal. Desde la psicología colectiva, se diría que el monocultivo es una forma de pensamiento que se repite en distintos ámbitos; en palabras de Vandana Shiva sería el monocultivo de mente (Shiva, 2008). Los monocultivos son afines con las sociedades explotadoras y autoritarias, del mismo modo que la diversidad lo es con la fraternidad, la solidaridad y la multiculturalidad de los pueblos (Herrero, 2017). La uniformidad del monocultivo de maíz y la diversidad en la milpa como sistema de cultivo, no solo son maneras de cultivar la tierra. Cada una de estas responde a modos de habitar el mundo.

No pretendo decir que antes de la revolución verde era aceptada la diversidad sexual por el solo hecho de haber diversidad en los cultivos, es bien conocido que las sociedades rancheras han sido conservadoras y más respecto a roles de género (Palomar, 2005). Lo que sí puedo decir, es que el monocultivo acentúa el orden patriarcal; y sobre todo, que la joticidad

⁸ Reconocer en las luchas por las defensas territoriales que hay discursos homofóbicos, machistas y patriarcales fue difícil y costó tiempo el señalarlo y expresarlo en esos espacios. Escuchar seguido en reuniones que los hombres campesinos se quejaban amargamente de que las mujeres campesinas ya no hacen tortillas “como antes”, ni hacen todo el trabajo que hacían antes; diciéndolo como si ese fuera el gran problema, a pesar de que se estaba discutiendo de fondo la amenaza capitalista a los territorios indígenas y campesinos, e invisibilizando de tajo las inequidades en el trabajo rural de producción y reproducción de la vida.

es un lugar marginal desde el cual se pueden ver esas diferencias que se vuelven urgentes cambiar ante las condiciones actuales. Coincido con las ecofeministas cuando “insisten en la necesidad de superar la concepción binaria, rígida y jerárquica de la identidad humana y desarrollar una cultura alternativa que reconozca plenamente sus múltiples manifestaciones como parte de la naturaleza.” (Herrero, 2017)

Desde estas reflexiones también me gustaría interpelar a las otras joticidades y a las vivencias de la diversidad sexual que se han hegemonizado, en específico a todas y todos aquellos gays que no tienen ni la más mínima preocupación por el origen de sus alimentos, y que siendo hombres aún tienen una carga fuerte de misoginia y homofobia, que les hace no ser sensibles a las realidades campesinas y rurales. Es necesario reconocernos como sobrevivientes de la violencia patriarcal y hacer las alianzas necesarias para irnos liberando en colectivo, no solo en lo sexual sino también en lo social y territorial.

Cierro este apartado con una imagen, que surgió en el contexto de acompañar a las juventudes rurales en la organización de la primera marcha de la diversidad sexual realizada en el municipio de Cuquío y que muestra cómo el contraste entre el monocultivo y el maíz nativo, es similar al contraste entre la heterosexualidad y la diversidad sexual.

Como quieren que seamos // Como somos



Ilustración 3: Imagen (meme) que evoca la diversidad del maíz con la diversidad sexual. Elaboración propia

La evocación de la imagen entre la homogeneidad propuesta por el monocultivo de maíz y la diversidad propia que ha surgido de las culturas campesinas que sembraban en milpa, ha estado presente como un simbolismo desde el que se pueden construir nuevas formas de sentir y habitar el mundo (Giraldo & Del Toro, 2020) en el sentido de la afectividad ambiental. Metafóricamente el monocultivo de Maíz ha implicado la desaparición de variedades de maíz en todo México, en específico en Palos Altos se redujo la diversidad de al menos 12 variedades

a solo 3. Mientras que la vida campesina en torno a la milpa cuida la diversidad y sostiene los distintos maíces de colores que todavía existen.

In conclusiones eco-poéticas y heterotópicas

Este texto, más que concluir pretende abrir otra grieta más en el desgastado, pero aun fuerte, sistema que habitamos y sostenemos al mismo tiempo que amenazamos con tumbar. Patriarcado, capitalismo, racismo, adultocentrismo, no son más que distinciones analíticas hacia un mismo sistema que se autosostiene a partir de dominaciones varias y entrelazadas, que podemos ver al pensar interseccionalmente.

Desde los distintos lugares que habitamos, mujeres, niñeces, juventudes y diversidades sexuales, raciales, étnicas y territoriales, cuando nos organizamos y nos compartimos los dolores, nos vamos dando cuenta de que este sistema, como el rey de la fábula está desnudo: esa misma desnudez es contradictoria, pues le obliga a disfrazarse, ora de modernidad, ora de progreso, ora de desarrollo, ora de sustentable (en el sentido de economía verde).

Delinear el talante patriarcal del sistema de monocultivo de maíz a partir de la experiencia de la joticidad, resulta ser un ejercicio sugerente que permite sostener las otras luchas y trabajos que venimos haciendo en colectivo con otras y otros que también luchan contra la amenaza ambiental que está implicando la voracidad del crecimiento económico capitalista. En este sentido, esa grieta implica reconocer un espacio otro, una heterotopía, en el sentido foucaultiano (Toro Zambrano, 2018), un espacio que abre la posibilidad de nuevos espacios.

La apertura de esa grieta implica sentipensar eco-poéticamente y también reconocer la afectividad ambiental; es decir, implica reconocernos como parte de la red de la vida en la que habitamos y sabernos parte de la poesía implicada en la belleza de la vida, así como de la violencia presente al ver cómo los procesos de agroindustrialización tocan las fragilidades de los procesos que se cruzan en los territorios. El orden patriarcal-heterosexual sumado al orden agroindustrial impuestos como una forma de controlar la vida diversa que se desborda ante los ojos dicotómicos de la modernidad y su racionalidad jerárquica, requiere un discurso alternativo a las racionalidades académicas tradicionales. Un discurso que evoque, como en la poesía, pero además que busque una indagación crítica, identitaria, política y cultural, para extender la noción de sujeto marginado y explotado a lo no humano, buscando así de “una defensa de territorios, cuerpos, culturas, lenguas y materias amenazadas por la idea moderna de desarrollo tecnocientífico, industrial y económico” (Donoso, 2018, p. 20). En este sentido y desde esta lucha colectiva e individual, el aporte que tiene este artículo, más que definir o

clarificar conceptos, es lanzar provocaciones evocativas desde este *nuevo* lugar, y cuestionar las relaciones invisibilizadas y *naturalizadas* entre el orden agroindustrial y el orden patriarcal.

Bibliografía

- Aguado, J. (2006). Actores sin sistema y sistemas sin actores: Apuntes para una lectura de la epistemología social desde el pensamiento de la complejidad. *Revista Científica de Información y Comunicación*, (3), 85-103.
- Ayala, D. (2007). De la redención al calvario: devenir campesino ante los contrasentidos de las políticas del sector agrícola en México. *Economía y Sociedad*, XII (20), 201 - 222.
- Bénard, S. (2019). *Autoetnografía. Una metodología cualitativa*. Aguascalientes: UAA. COLSAN.
- Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de Población*, 5(8), 5-31.
- Boivin, R. R. (2011). De la ambigüedad del clóset a la cultura del gueto gay: género y homosexualidad en París, Madrid y México. *La ventana. Revista de estudios de género*, 4(34), 146-190. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-94362011000200007&lng=es&tlng=es
- Caïs, J., Folguera, L., & Formoso, C. (2014). *La Investigación Cualitativa Longitudinal*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Connell, R. (2003). *Masculinidades*. México: UNAM.
- Donoso A, A. (2018). Ecopoesía y descolonización: el rap de Ana Tijoux. *Taller de Letras* (63), 11-22.
- Ellis, C., Adams, T., & Bochner, A. (2010). *Autoetnografía: un panorama*. Forum: Qualitative Social Research.
- Escobar, A. (2005). El “postdesarrollo” como concepto y práctica social. En D. Mato. *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización* (pp. 17-31). Caracas: Facultad de Ciencias económicas y sociales: Universidad Central de Venezuela.
- Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: UNAULA.
- EZLN (2001). Palabras del Subcomandante Marcos y varios comandantes en el mitin frente al Palacio Legislativo, 22 de marzo del 2001. En Documentos y Comunicados 5 (pp. 274-283). México: Era, 2003
- EZLN. (2015). *El Pensamiento Crítico Frente a la Hidra Capitalista*. El Colectivo.


- Fernández C, P. (1994). *Psicología Social, intersubjetividad y psicología colectiva*. En M. Montero. *Construcción y crítica de la psicología social* (pp. 49-107). Barcelona: Anthropos.
- Gamboa, X. (1977). La "descampesinización": meta estatalen el agro (1970-1976). *Estudios Políticos*, III (10), 99-132.
- García, L. (2015). *Nuevas masculinidades: discursos y prácticas de resistencia al patriarcado*. Quito: FLACSO.
- Gavilán, V. (2012). *El pensamiento en espiral. El paradigma de los pueblos indígenas*. Santiago: Ñuke Mapuförlaget.
- Giraldo, F., & Del Toro, I. (2020). *Afectividad Ambiental. Sensibilidad, empatía, estéticas del habitar*. Chetumal, Quintana Roo: El Colegio de la Frontera Sur - Universidad Veracruzana.
- Giraldo, O. (2018). *Ecología política de la agricultura. Agroecología y posdesarrollo*. San Cristobal de las Casas: Ecosur.
- Gob.Jalisco, & Seder. (2014). *Jalisco: Gigante Agroalimentario*. Guadalajara: Secretaría de Desarrollo Rural.
- Gomez-Martinez, J. L. (1992). *Teoría del ensayo*. México: UNAM.
- Herrero, A. (2017). Ecofeminismos: apuntes sobre la dominación gemela de mujeres y naturaleza. *Ecología Política*, 20-27. Recuperado de https://www.ecologiapolitica.info/novaweb2/wp-content/uploads/2018/01/054_Herrero_2017.pdf
- Illich, I. (1978). *La convivencialidad*. México: Tierra del Sur.
- Machado, A. (2002). *De la estructura agraria al sistema agroindustrial*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Martín-Baró, I. (1998). *Psicología de la liberación*. Madrid: Trotta.
- Meccia, E. (2011). *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad*. Buenos Aires: Gran Aldea.
- Mies, M., & Shiva, V. (2014). *Ecofeminismo*. Madrid: Icaria.
- Montero, M. (2006). *Hacer para transformar: El método en la psicología comunitaria*. Buenos Aires: Paidós.
- Morín, E. (1989). *Introducción al pensamiento complejo*. Madrid: Gedisa.
- Nuñez Noriega, G. (2011). *¿Qué es la diversidad sexual?* Ciudad de México: PUEG- UNAM. CIAD.
- Palomar, C. (2005). *El orden discursivo de género en los altos de Jalisco*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Pichardo, B. (2006). La revolución verde en México. *Agraria* (4), 46 -68.

- Ponce P, M. C. (2006). Construcción de identidades políticas desde la homosexualidad. *Estudios Jaliscienses*, (65), 47-59.
- Preissle, J., & DeMarrais, K. (2019). Enseñar la reflexividad en la investigación cualitativa. Acoger un estilo de vida de investigación. En S. Benard, *Autoetnografía. Una Metodología cualitativa*. Aguascalientes: UAA, COLSAN.
- RDM. (2004). *El maíz no es una cosa: es un centro de origen*. Ciudad de México: RDM, Itaca, GRAIN, Casifop.
- RDM. (2014). *No toquen nuestro maíz. El sistema agroalimentario industrial devasta y los pueblos en México resisten*. Ciudad de México: Itaca, GRAIN.
- Rubín, G. (2015). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política del sexo". En M. Lamas, *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 35-95). Ciudad de México: Bonilla Artigas. UNAM. PUEG.
- Rubio Vega, B. (2006). Voces de la desesperanza: La desestructuración alimentaria en México (1994-2004). *Gaceta Laboral*, 12(1), 71-92. Recuperado de http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-85972006000100004&lng=es&tlng=es.
- Sánchez, D. (2012). *Comunidad-migración: Interpretando la construcción de una relación compleja*. (Tesis Maestría en Psicología Social). Queretaro: UAQ.
- Sánchez, D. (2020). *Palos Altos entre la muchachada y la juventud: la condición juvenil rural en una comunidad ranchera de Jalisco* (Tesis Doctoral). Ciudad de México: UAM Xochimilco.
- Sánchez, D. (2021). Conflictos intergeneracionales en contextos agroindustriales: Juventudes rurales ante el monocultivo y las fumigaciones aéreas en México. *Clivatge*, (9). Recuperado de e-34104. <https://doi.org/10.1344/CLIVATGE2021.9.9>
- Sánchez, D., Meza, P., & Águila, C. (2021). Reflexiones sobre una experiencia educativa para niñas y juventudes rurales: el caso del proyecto "Desde las Raíces" de Caracol Psicosocial A.C. *Revista Brasileira de Educação do Campo*, 6. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.20873/uft.rbec.e11930>
- Shiva, V. (2008). *Los monocultivos de la mente*. México: Fineo.
- Toro Zambrano, M. C. (2018). El concepto de heterotopía en Michel Foucault. *Cuestiones de Filosofía*, 3(21), 19-41. Recuperado de <https://doi.org/10.19053/01235095.v3.n21.2017.7707>
- Tribunal Permanente de los Pueblos- Capítulo México. (2016). Juicio al Estado mexicano por la violencia estructural causada por el libre comercio. Audiencia Final del Capítulo

México del Tribunal Permanente de los Pueblos: libre comercio, violencia, impunidad
y derechos de los pueblos. Cd de México: Itaca.

Fecha de recepción: 23 de octubre de 2021

Fecha de aceptación: 20 de mayo de 2022

Licencia  Atribución
- No Comercial - Compartir Igual
(by-nc-sa): No se permite un uso
comercial de la obra original ni de
las posibles obras derivadas, la
distribución de las cuales se debe
hacer con una licencia igual a la
que regula la obra original. Esta
licencia no es una licencia libre.

